

¿INTEGRACIÓN CON EL COLOSO DEL NORTE?

Alma CHAPOY*

Desde hace algún tiempo cobró fuerza en EUA la idea de hacer de México una de sus reservas permanentes de energía, y tal concepción se afianzó al agudizarse el conflicto entre Irán e Irak. Con la nueva administración estadounidense, todo hace pensar que la codicia sobre el petróleo mexicano se manifestará en forma aun más abierta que durante el gobierno de Carter.

En relación a esto cabe mencionar que pese a las reiteradas negativas del gobierno mexicano, sigue en pie la sugerencia de que se forme un Mercado Común Norteamericano entre Canadá, EUA y México. Ronald Reagan no pierde las esperanzas y se muestra entusiasmado ante la perspectiva de una alianza económica y militar entre los tres países, con lo cual la región supuestamente se convertiría

* Investigadora del IIEc-UNAM.

en autosuficiente, dados sus abundantes recursos alimentarios, energéticos, humanos, tecnológicos, etcétera.

Bajo tal acuerdo, el comercio entre los tres países "fluiría más libremente a través de las fronteras". De manera harto comprensible, el gobierno y amplios sectores de nuestro país se oponen a esta libre corriente de bienes y servicios, porque la industria nacional no está en condiciones de competir con la producción estadounidense o la canadiense.¹ Pero obviamente, el objetivo principal de un acuerdo de ese tipo es el petróleo mexicano.

Al respecto, Abelardo Valdés, jefe del protocolo del gobierno de EUA y anteriormente abogado de la Overseas Private Investment Corporation —OPIC, institución que otorga seguros a las empresas transnacionales contra nacionalizaciones y expropiaciones realizadas por gobiernos de países del Tercer Mundo—, propone la creación paulatina de una zona internacional de libre comercio de 643 km de ancho a lo largo de la frontera entre EUA y México. De hacerse realidad este paso inicial hacia la integración económica de ambos países, con el tiempo se incluiría a las dos naciones en su totalidad y quizá, más adelante, a todo el hemisferio. Valdés habló también de otra alternativa: crear mercados comunes sectoriales; por ejemplo, productos agrícolas —granos estadounidenses y hortalizas mexicanas— y petróleo y gas natural.²

No obstante que nuestro gobierno ha insistido en que no aceptará participar en un «Mercado Común Norteamericano», diversos acontecimientos hacen endeble la posición de México, y dan base para que —sobre todo en EUA— se piense que puede haber un cambio de actitud. Por ejemplo, la decisión del gobierno mexicano de evitar una petrolización ha tenido un éxito parcial pues, aunque en forma más moderada, México sufre ya los síntomas de otros países exportadores de petróleo, siendo el más grave de ellos, la inflación. Por la infraestructura creada en diversas áreas, el grado de industrialización alcanzado y el desarrollo de su mercado interno, nuestro país no llegaría a la situación de los países del Golfo Pérsico —ni siquiera a la de Venezuela— pero debe tener especial cuidado por lo abierto de su economía y su amplia frontera con EUA. Otro problema —derivado de la inflación y de la petrolización—, que debilita nuestra posición frente al exterior, es la amenaza surgida a últimas

¹ Si se desea conocer más ampliamente las consecuencias para México, ver José Luis Ceceña Gámez, "Mercado Común de América del Norte", en *Problemas del Desarrollo*, núm. 40, pp. 7-14.

² *Excelsior*, diciembre 3 de 1980.

fechas, de que el peso mexicano sufra una devaluación de gran magnitud.

Desgraciadamente, al mismo tiempo que crece la vulnerabilidad de nuestra economía, se alude cada vez con mayor frecuencia —en especial a raíz del triunfo de Ronald Reagan— a las presiones que podrían ejercerse sobre nuestro país.

En el documento confidencial R-2510-DOE, "*México's Petroleum and U.S. Policy: implications for the 1980's*" —preparado por la Corporación Rand para consulta del Departamento de Energía y de la Casa Blanca—, se asegura que México podría elevar su producción de petróleo como consecuencia de presiones ejercidas por EUA; en el mencionado documento se dice claramente que el petróleo de México es vital para satisfacer las necesidades de EUA y que debe ser la piedra angular de las relaciones entre los dos países; en consecuencia, EUA debe influir de manera decisiva en la política petrolera mexicana. Al efecto se recomienda que EUA condicione todos los acuerdos de comercio y empleo para mexicanos, a la adquisición de petróleo y gas mexicanos.³

Aunque con carácter menos coercitivo, la Contraloría General de EUA, el órgano de control administrativo del Poder Ejecutivo, recomendó al Congreso "darle cuidadosa consideración" a las relaciones bilaterales con México y Canadá, como medio de asegurar un abastecimiento futuro de petróleo y gas natural.

Por su parte, el semanario en español *Imagen*, editado en Los Ángeles (California), en su edición de la tercera semana de septiembre de 1980, hace énfasis en que el mundo está sediento de petróleo y las potencias militares dispuestas a no dejarse quitar el que existe en sus zonas de influencia. Si el crudo es explotado y comercializado racionalmente, puede ser fundamental para el progreso de México. Pero la abundancia de tal recurso entraña también un grave peligro; al respecto *Imagen* recuerda cómo al consumarse la nacionalización petrolera, México "casi fue desestabilizado económicamente por los grandes consorcios que controlaban la producción mundial".

Pese a que repetidamente nuestras autoridades han declarado que no se incrementará el volumen del petróleo mexicano destinado a EUA, Ronald Reagan aspira a recibir más. Una velada amenaza podría encontrarse en la afirmación de Allen Zapata, asesor de política exterior de Ronald Reagan, en el sentido de que "De las nuevas iniciativas y acuerdos de Reagan depende el que México abra sus mercados energéticos a EUA".⁴

³ *Excelsior*, noviembre 17, 18 y 19 de 1980.

⁴ *Excelsior*, enero 3 de 1981.

Una medida que podrían adoptar sería la de convertir la frontera estadounidense en un instrumento de presión —como ya ha ocurrido en otras ocasiones— cerrándola a los trabajadores mexicanos y a algunos de nuestros productos de exportación no petroleros. Dada nuestra dependencia alimentaria, EUA podría también limitar o suprimir sus ventas de alimentos a México.

En torno al debatido tema de una posible devaluación de la divisa mexicana, no deja de ser alarmante la denuncia hecha por los economistas Nicholas Kaldor y Aji Singh —este último director de estudios económicos de la Universidad de Cambridge— acerca de la existencia de “presiones de diferentes organismos internacionales” sobre México, tendientes a convertir al país en “mero productor y exportador de petróleo”, procurando para ello debilitar al peso mexicano.⁵

Cifras y hechos recientes demuestran que esto está en camino de lograrse. Aunque durante más de dos años el valor del dólar se mantuvo casi sin cambio, a mediados de 1980 el dólar inició una carrera alcista incontenible y el peso empezó a perder valor día a día frente a la divisa estadounidense en una especie de minidevaluaciones, cuyo alcance no se puede prever. A fines de 1979 el peso se cambiaba a 22.87 por dólar; al concluir 1980, a 23.35, lo que da una diferencia en el año de 48 centavos, que equivale a una pérdida de valor en el año ligeramente superior al 2%. Y la tendencia se ha agudizado, pues en las tres primeras semanas de enero de 1981, el peso perdió doce centavos, esto es, más de un centavo cada dos días. La causa de la baja en el valor de nuestra moneda se encuentra principalmente en la situación de la balanza de pagos. Un rápido análisis de ella, revela que de enero a septiembre de 1980 se registró un déficit comercial de 2 221 millones de dólares, monto casi idéntico al de igual periodo del año anterior.⁶ En la tercera semana de enero de 1981, las autoridades de la Secretaría de Comercio dieron a conocer que el déficit anual llegó a 3 600 millones de dólares.

La situación quizá no sería tan grave si se considera que, a diferencia de lo ocurrido en otros años —entre 1978 y 1979 el desequilibrio comercial aumentó 73%—, el déficit supera sólo en 10% al de 1979. Pero esto sucede justamente en momentos en que el país se ve inundado de petrodólares, pues las exportaciones petroleras casi se han triplicado en relación a las de 1979. En los nueve meses mencionados, el valor total de nuestras exportaciones creció 79%, pero

⁵ *Expansión*, octubre 29 de 1980, p. 6.

⁶ A menos que se indique otra cosa, los datos que aquí aparecen han sido tomados de *Sector Externo*, publicación del Banco de México.

las correspondientes al sector no petrolero prácticamente se estancaron, de donde resulta que el incremento se debió al crecimiento de 175% en las exportaciones de petróleo.

Éstas representaron en 1978 el 29% del total; dicha proporción pasó a 43% en 1979 y a 62% en septiembre de 1980. Lo anterior quizá ayude a comprender por qué —no obstante las negativas oficiales— se insiste en hablar de la «petrolización de la economía».

La balanza de servicios es también deficitaria. Tradicionalmente, los ingresos por turismo, transacciones fronterizas y maquiladoras, compensan en gran medida las salidas de divisas por otros conceptos; pero la situación ha cambiado. En los nueve primeros meses de 1980, el saldo favorable por concepto de turismo fue inferior al de igual periodo de 1979, y otro tanto ocurrió con las transacciones fronterizas. El superávit en servicios por transformación —maquiladoras— aumentó pero a menor ritmo que antes.

En cambio los renglones que nos son fuertemente desfavorables, continúan aumentando con celeridad: las remisiones por endeudamiento —pago de intereses— ascendieron a 3 874 millones de dólares de enero a septiembre de 1980 (53% más que en los mismos meses de 1979). La remisión por IED —utilidades, regalías y otros pagos— ascendió a 650 millones de dólares (51.4% más que la cifra correspondiente a 1979).

Todo lo anterior conduce a un déficit en la balanza de servicios de 2 496 millones de dólares. De este modo, el déficit en cuenta corriente —el comercial sumado al de servicios— ascendió a 4 518 millones de dólares (32% de incremento sobre el monto respectivo en 1979).

Pasando a analizar la balanza de capital, se encuentra otro renglón que significa una fuerte salida de divisas para el país: las amortizaciones de créditos del exterior, que en esos meses ascendieron a 2 619 millones de dólares, menos de la mitad que en igual periodo de 1979, debido a que se ha procurado contratar la mayor parte de nuestros compromisos con el exterior a plazos más largos. La cifra antes mencionada, agregada al déficit en cuenta corriente, da un total de 7 137 millones de dólares, que son cubiertos con capital del exterior que ingresa al país fundamentalmente a través de créditos y de inversiones directas. Por el primer concepto se recibieron en los meses tantas veces mencionados, 5 830 millones de dólares y por inversión extranjera directa, 700 millones, siendo la suma de ambos renglones 6 530 millones. En 1979, el monto correspondiente fue mayor: 8 022 millones de dólares (7 477 millones por préstamos y 545 millones por IED).

Se advierte entonces que nuestras cuentas con el exterior nos colocan en una posición sumamente difícil y hacen innegable la existencia de factores que comprometen la estabilidad de nuestra moneda.

La situación se torna aun más crítica, si se analiza separadamente nuestro intercambio con EUA.

Dicho país es nuestro principal comprador de petróleo: en 1979 más del 80% de nuestras ventas de crudo al exterior se destinaron a EUA. Se tiene el propósito de disminuir ese porcentaje, lo que no significa reducir el volumen.

Durante los setentas, el valor del comercio efectuado entre México y EUA representó casi 67% del comercio total de México.

En 1979, las importaciones mexicanas procedentes de EUA se incrementaron 51% en relación a 1978, siendo de 7 453 millones de dólares. Nuestras ventas al vecino país subieron en un 45%, sumando 5 870 millones; el déficit comercial con EUA resultó ser en 1979, 77% mayor que en 1978.

De enero a septiembre de 1980 nuestras importaciones de EUA se incrementaron 65% en comparación con la cifra respectiva de 1979, llegando a 8 638 millones de dólares (las importaciones totales crecieron porcentualmente menos: 57.7%). Por otra parte, mientras las exportaciones en su conjunto crecieron más de 78%, las destinadas a EUA lo hicieron sólo en un 65%, ascendiendo a 7 028 millones. Resulta entonces que en los meses mencionados, en tanto que el déficit comercial total se mantuvo igual al de 1979 (alrededor de 2 220 millones), el saldo desfavorable con EUA aumentó 65%, al pasar de 976 millones a 1 610 millones de dólares, que representan el 44% y el 72%, respectivamente, del déficit total de esos meses. Ello significa que nuestro desequilibrio comercial con otros países disminuye, al tiempo que aumenta el registrado con EUA.

Está de más insistir en la fuerte dependencia respecto a EUA a través de la balanza de servicios, con renglones tales como turismo, transacciones fronterizas, maquiladoras, pago de intereses sobre deudas, remisiones por concepto de inversión extranjera directa.

Por lo que hace a las inversiones directas estadounidenses, siguen representando alrededor del 70% de la IED total en nuestro país.

En cuanto a los créditos del exterior, si bien es verdad que se ha hecho un gran esfuerzo por diversificar la procedencia de los mismos —pues a la fecha, conforme a declaraciones oficiales, nuestra deuda externa está contratada con varios cientos de bancos de más de una docena de países—, son aun muchas las presiones que en este aspecto puede sufrir nuestro país por parte de EUA.

Datos como los presentados hacen ver en qué alto grado nuestra economía depende de la estadounidense. En tales circunstancias, surge el temor de que en el futuro —alterando la «plataforma» petrolera— México produzca tanto petróleo y gas como pueda, a fin de satisfacer primordialmente las necesidades de EUA, y/o acepte tomar parte en un «mercado común norteamericano», aunque sea en forma velada o limitada. Resulta imposible ocultar que pese a los esfuerzos gubernamentales por no caer en una excesiva dependencia de las ventas de energéticos, la realidad muestra que se avanza en ese sentido, debido a que las necesidades de financiamiento de la economía podrían obligar a incrementar las exportaciones de hidrocarburos. Esto mientras el país continúa endeudándose a ritmo acelerado, lo que también propicia las presiones imperialistas.

La única manera de que el país se libere de la «petrolización» y de la subordinación al exterior, es que efectivamente se realicen grandes inversiones productivas con los recursos obtenidos de las exportaciones de petróleo y se consiga mejorar el funcionamiento de la economía. Para ello es indispensable poner en práctica medidas que ataquen de raíz los problemas que están provocando el desequilibrio de la balanza de pagos, lo que implica, repito, utilizar la riqueza generada por el petróleo en inversiones que acaben con las deficiencias en el sector agrícola e impulsen una dinámica industria, cuyos efectos se hagan sentir en el conjunto de la economía.

En momentos en que se inicia en EUA una administración cuya política exterior —según todos los indicios— habrá de basarse en la fuerza, nuestro país cuenta con un arma poderosa —el PETRÓLEO—, pero que lleva implícitos graves riesgos, no sólo por el uso irracional que podemos hacer de ella, sino porque —independientemente de cualquier medida o acción por parte de México— constituye una tentación para que el país más poderoso del mundo capitalista nos haga objeto de presiones e incluso de ataques más directos.